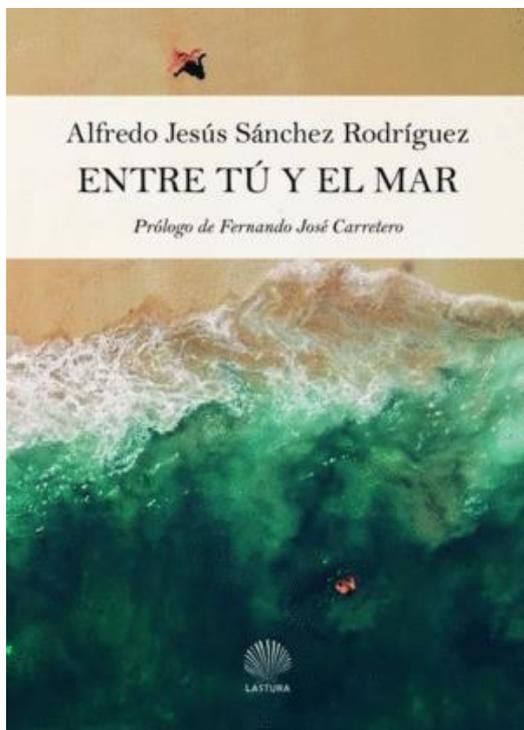


la realidad, en su obra cinematográfica. Nada existe en sus películas, como en el resto de su vida, que no esté justificado.

Tome el lector este libro de Agapito Maestre (Puertollano, 1954) como le venga en gana. Ojalá sea un feliz pretexto para volver al cine, pero nunca lo considere un resumen, menos aún un compendio filosófico, sobre el cine de García Pelayo

Web de Marcial Pons



Alfredo Jesús Sánchez Rodríguez

Entre tú y el mar

Prólogo de Fdo. J. Carretero

Ed. Lastura, Madrid, 2021

Cuando el alcalde se retiró los correligionarios le prepararon un homenaje: banquete, placa, discursos, todo eso. El discurso, obligado, del secretario general del partido fue muy elogioso; tanto que produjo sarpullidos en los más susceptibles, o sea, en quienes se ofenden por las alabanzas al prójimo: a otro día un preboste de la facción disidente —siempre hay facción disidente— respiró por la herida: «Anoche te pasaste». El secretario general, armado de la lógica cazurra e implacable de los pueblos, le contestó: «Hombre, que era un homenaje: no le iba a llamar hijueputa». Con los prólogos pasa lo mismo: ningún prologuista llama hijueputa al prologado.

Salvo los prólogos hermenéuticos, que se afanan meticulosamente en la autopsia de un libro o se lo dan triturado a lectores que no pueden mascararlo —prólogos imprescindibles, pues, o al menos convenientes, escritos por especialistas encaramados al púlpito de la debida distancia científica—, o los prólogos donde el propio autor ofrece explicaciones pertinentes para la cabal comprensión del libro —y, en consecuencia, son parte del libro—, el resto de los prólogos suele quedar en trámite insoslayable y fastidioso como el discurso del secretario general: encomiásticos, hasta desmesuradamente encomiásticos, pero —luego, amigo lector, te enseñe unos cuantos de por aquí cerca— protocolarios, desgastados y a menudo escritos de mero compromiso y al tuntún. El lector, que está en el secreto, se los salta sin remordimiento o pasa por ellos a escape, preguntándose por qué determinados autores los piden y los aceptan complacidos. Quizá Cervantes diera con la explicación.